La hazaña de ser peatón en Hermosillo

Por Adriana Manjarrez

Todas las personas somos peatones. Algunas más frecuentemente que otras pero, sin duda, todas alguna vez necesitamos recorrer a pie o en silla de ruedas alguna cuadra, esperar a que cambie un semáforo para cruzar, subir o bajar una banqueta o esperar en un camellón a que disminuya el flujo vehicular para pasar al otro lado.

Pero ser peatón en Hermosillo cada día se convierte más en una hazaña. Basta vivir la experiencia o, si ya de plano usted se siente una extensión de su automóvil, basta con practicar de vez en cuando el sano ejercicio de la observación y empatía.

Muchas personas estamos de acuerdo en que la realización de obras de infraestructura son necesarias en la capital de Sonora, pero también pensamos en la necesidad de que haya una mayor participación de los ciudadanos “de a pie” en la toma de decisiones de gobierno, sobre todo si éstas implican el desembolso de varios millones de pesos.

Podemos enumerar gran cantidad de ejemplos para argumentar por qué decimos que vivir la experiencia peatonal en Hermosillo se convierte poco a poco en una hazaña, pero citaré dos casos especiales, por relacionarse con obras recientes enmarcadas en el “Año de la Transformación” del “Nuevo Sonora”.

Primer ejemplo. El pasado 30 de septiembre el gobernador Guillermo Padrés y el alcalde Javier Gándara inauguraron las obras de remodelación del Bulevar Eusebio Francisco Kino, que costaron 120 millones de pesos.

Amplios carriles y menor número de altos han agilizado el tráfico vehicular en dicha vía. Pero también los camellones se hicieron mucho más angostos, y el mayor desacierto está en el hecho de que en vez de pavimentarlos, fueron recubiertos de enormes piedras.

Si usted quiere pasar de un lado a otro, primero deberá esperar a que no haya carro a la vista, porque con eso de que el tráfico está más ágil, pues ahora los automovilistas toman vuelo.

Si logra pasar esta primera prueba y llegar al camellón, deberá hacer malabares para saltar de una piedra a otra, o deberá poner en práctica toda su destreza física para guardar el equilibrio, con un pie en cada roca suelta, mientras el tráfico disminuye y puede llegar hasta la banqueta.

Y ni hablar de las personas discapacitadas. Las rampas prácticamente están ausentes, y si las hubiera, se toparían con las piedras del camellón, para lo cual necesitarían una silla de ruedas todo terreno.

Experiencia olímpica

El segundo ejemplo está peor y está relacionado con las obras de ampliación del Bulevar Rosales, donde incluso los camellones fueron eliminados. El ejercicio peatonal en esta zona no es apto para cardiacos o para personas que no puedan correr (quizás adultos mayores, embarazadas, discapacitados, etc.).

Si usted quiere ir de la Universidad al Edificio del Museo y Biblioteca, deberá esperar a que no venga carro y luego correr por su vida.

La situación es que el semáforo peatonal está de “adorno” (ignoro cuánto nos costó a la ciudadanía). Por lo menos el que se ubica frente a la librería es simulado, porque jamás cambia a color verde para poder cruzar con tranquilidad, y si lo hiciera no se podría cruzar porque no hay un semáforo que marque alto a los automovilistas.

Si en Hermosillo habitaran solamente atletas, quizás hasta resultaría divertido mejorar los tiempos y récords, pero no. La ciudad está hecha de todo tipo de gente, de la cual una gran parte debe caminar, cruzar calles, subir camiones, subir rampas, brincar charcos, espantar perros y muchas cosas más para llegar de un lugar a otro.

En sus discursos, las autoridades han dicho que trabajan hacia el “Nuevo Sonora” que quieren para todos los sonorenses. Pero hacer obras no debe tratarse de lo que ellos quieren, sino de lo que las mayorías deseamos y necesitamos.
Para tener calidad de vida los ciudadanos queremos mejores empleos, sueldos más justos, buenos servicios de transporte, de salud, de educación, de seguridad pública y justicia, entre muchas otras cosas.
Pero también queremos ciudades más amigables, no sólo para automovilistas, sino para peatones, discapacitados, ciclistas, y para todos, en general.
Reconocemos el esfuerzo por hacer obras que agilicen el tráfico, pero ¿dónde quedan los peatones? ¿En qué tipo de ciudadanos piensan las autoridades para diseñar sus obras?
Para cambiar esto, también necesitamos ejercer ciudadanía, todos y todas por igual, porque si no tenemos disposición a hacernos escuchar, entonces no nos quejemos si de repente un día desaparecen las banquetas para dar mayor espacio a los automovilistas.
Por cierto, una de las divertidas leyes de Murphy dice que la “amabilidad en la conducción es inversamente proporcional al tamaño del vehículo conducido”, pero esa es otra historia.

Puede enviarme sus comentarios por este medio, o al correo adrianabajoelsol@hotmail.com.